

Crímenes urbanos: la ficción policiaca de Hugo Valdés

GERARDO GARCÍA MUÑOZ | PROFESOR DE LITERATURA Y HUMANIDADES,
PRAIRIE VIEW A&M UNIVERSITY

Resumen

Este ensayo analiza las novelas policiacas *El crimen de la calle de Aramberri* y *El asesinato de Paulina Lee*, de Hugo Valdés, que narran asesinatos de mujeres en Monterrey en la década de 1930. Se examinan sus estructuras narrativas, la manipulación de la nota roja con el fin de criminalizar a los sospechosos, la violencia ejercida por el Estado, la representación de los asiáticos y la ciudad moderna como un ente amenazante.

Abstract

This essay analyzes two detective novels by Hugo Valdés: *El crimen de la calle de Aramberri* and *El asesinato de Paulina Lee*, which narrate the murders of women in Monterrey back in the 1930's. The analysis consists in examining their narrative structure, the manipulation of public opinion performed by yellow journalism in order to criminalize the murders' suspects, the violence exerted by the State, the representation of Asian people, and the modern city as a threatening entity.

Palabras clave: Hugo Valdés, *El crimen de la calle de Aramberri*, *El asesinato de Paulina Lee*, novela policiaca, orientalismo, nota roja, discurso criminológico, modernidad, crímenes urbanos.

Keywords: Hugo Valdés, *El crimen de la calle de Aramberri*, *El asesinato de Paulina Lee*, detective fiction, orientalism, yellow journalism, criminology discourse, modernity, urban crimes.

Para citar este artículo: García Muñoz, Gerardo. "Crímenes urbanos: la ficción policiaca de Hugo Valdés". *Tema y Variaciones de Literatura*. Núm. 54, semestre I, enero-junio de 2020, UAM-Azcapotzalco, pp. 101-118.

Las novelas *El crimen de la calle de Aramberry* (1994) y *El asesinato de Paulina Lee* (2016), del artífice regiomontano Hugo Valdés, recrean dos sucesos criminales ocurridos en la década de los treinta del siglo pasado en la ciudad de Monterrey. La crudeza de los asesinatos interrumpió el orden y la tranquilidad de una sociedad inmersa en los cambios producidos por la naciente industrialización. El país comenzaba a recuperar la paz luego de la conflagración revolucionaria, la guerra cristera, y los asesinatos políticos que reconfiguraron el rostro sociopolítico y económico de un país en vías de una incipiente modernidad. La pobreza, la marginación y la violencia no desaparecieron. Estos factores engendraron los actos delictivos recreados por Hugo Valdés. En este ensayo se examinan ambas novelas desde estas perspectivas críticas:

a) Análisis de su andamiaje narrativo que resalta su pertenencia al género policial.

b) Los discursos criminológico y periodístico centrados en la categorización de los criminales a partir de imágenes estereotipadas, y la manipulación de la opinión pública.

c) La violencia ejercida por el Estado, que se encarna en las ejecuciones extrajudiciales de los supuestos asesinos.

d) Las raíces de la percepción negativa de los asiáticos a través de una peculiar forma de "orientalismo mexicano", y cómo se cristaliza particularmente en *El asesinato de Paulina Lee*.

e) Las relaciones entre el entorno urbano y el crimen.

Estructura narrativa: detección e impunidad

El crimen de la calle de Aramberry recrea un evento histórico sucedido en la ciudad de Monterrey.¹ El 5 de abril de 1933 una mujer, Antonia Lozano y su hija

¹ En la literatura mexicana existen notables antecedentes de narraciones que ficcionalizan crímenes reales: *Las muertas* (1977) de Jorge Ibarquengoitia se basa en los asesinatos de un grupo de mujeres proxenetas llamadas "Las Poquianchis"; *Asesinato* (1985) de Vicente Leñero recrea el doble homicidio de un político y su esposa a manos de su propio nieto. En la literatura norteamericana el paradigma clásico es *A sangre fría* (1965) de Truman Capote.

Florinda Montemayor, fueron asesinadas en un acto de violencia marcado por la desmesura. Motivados por la codicia, dos parientes de las víctimas y tres cómplices deciden robar los ahorros de la familia Montemayor. Penetran en la casa localizada en la calle de Aramberri y no sólo se apoderan del botín; con gran ferocidad destrozan los cuerpos de sus moradoras. Los delincuentes son rápidamente arrestados y, con igual prontitud, mueren ejecutados por el aparato represor. Los sucesos fueron descritos por Eusebio de la Cueva en un texto que, según Elizabeth Moreno, sólo tuvo un éxito momentáneo². Sesenta años después, Hugo Valdés publica su propia versión con el mismo título de su predecesor. Luego de una intensa labor exhumadora de documentos judiciales, forenses y periodísticos, Hugo Valdés confecciona un artefacto literario donde concurren la fidelidad histórica y la imaginación creadora.

La novela comienza de acuerdo con los cánones de la ficción policial: se encuentran dos cadáveres que, a todas luces, sugieren la comisión de un doble asesinato. Los policías a cargo de las pesquisas son Inés González, notable por sus dotes observadoras, y Liborio García, experto en la práctica de la tortura y quien carece de la capacidad deductiva de su compañero. Pero, a diferencia de los arquetipos del género policial, Auguste Dupin, Sherlock Holmes y Hercule Poirot, Inés González no se limita a ser una máquina

pensante: también tiene fama de preciso tirador y no duda en recurrir al asesinato “legal”. Pero la conjunción de estos rasgos no implica el sometimiento al modelo clásico. La estructura de *El crimen de la calle de Aramberri* diverge del esquema tradicional apuntado por John G. Cawelti: a) introducción del detective; b) el crimen y las pistas; c) la investigación; d) el anuncio de la solución; e) la explicación de la solución; f) el desenlace.³ Hugo Valdés trastoca la sucesión lineal del tiempo, superpone espacios y manipula el foco narrativo en una historia que traspasa los perímetros de la experimentación⁴. El contexto social —una de las características del policial latinoamericano apuntada por Leonardo Padura en su ensayo “Modernidad y posmodernidad: la novela policíaca en Iberoamérica”⁵—, ausente en las obras de Conan Doyle y Agatha Christie, y en su epígona mexicana María Elvira Bermúdez, interviene en el entramado narrativo.

² Moreno, Elizabeth. “La perspectiva narrativa en la construcción de la trama, el tiempo y el espacio en *El crimen de la calle de Aramberri* de Hugo Valdés”. En Ramírez Pimienta, Juan Carlos y Salvador C. Fernández (compiladores). *El norte y su frontera en la narrativa policíaca*, p. 113.

³ Cawelti, John G. *Adventure, Mystery and Romance*, p. 84.

⁴ En “La perspectiva narrativa en la construcción de la trama, el tiempo y el espacio en *El crimen de la calle de Aramberri* de Hugo Valdés”, la crítica Elizabeth Moreno emprende una lectura narratológica de la novela. A diferencia de la estructura lineal del policial clásico perfeccionado por Conan Doyle y Agatha Christie, la complejidad de *El crimen de la calle de Aramberri* demanda la utilización de una herramienta analítica que desmonte su entramado estructural. Para ello, se recurre a los principios de focalización expuestos por Gérard Genette, y a través de este prisma es posible interpretar la novela desde las diferentes perspectivas que la narran

⁵ Padura, Leonardo. “Modernidad y posmodernidad: la novela policíaca en Iberoamérica”. En De Rosso, Ezequiel (compilador). *Retóricas del crimen: reflexiones latinoamericanas sobre el género policial*, pp. 241-270.

El inicio de la novela se focaliza en la descripción de la escena del crimen, así como en la articulación de un discurso forense que detalla las heridas infligidas en la anatomía de las víctimas. El recurso estilístico del “tú” permite conocer los pensamientos de Inés, el investigador encargado de descifrar la escritura violenta impuesta en los cuerpos sacrificados. La investigación revela a Inés como un agente sagaz, atento a los detalles que permanecen invisibles a la mirada de Liborio. Ambos son denominados detectives, actúan de manera profesional, rastrear los sitios aledaños a la escena del crimen, e Inés detecta un rastro de sangre, elemento esencial para la solución del misterio. La huella termina en un expendio de carne donde, además de venderse mercancía clandestina, se encuentran prendas y un saco de cemento manchados de sangre. Los sospechosos resultan ser los carniceros Gabriel Villarreal, el dueño de las prendas, y su ayudante Emeterio González. La policía requisita la ropa con el fin de determinar la procedencia humana de la sangre, o si es, como arguyen los carniceros, producto de su actividad profesional. Sin embargo, en Monterrey se carece de tecnologías forenses para analizar la sangre. Este hecho recuerda la tesis de Pedro Trinidad Fernández, quien ha señalado que la tardanza en la aclimatación del policial se debe a que los países de lengua castellana carecían de un sistema de urbanización desarrollado como en las grandes metrópolis europeas y norteamericanas, y también de una organización policial provista con herramientas científicas para la captura y castigo

de los transgresores del código legal⁶. Las pruebas del reactivo químico comprado en Estados Unidos dictaminan el origen humano de la huella de sangre, revelando la posible culpabilidad de los carniceros, sometidos de inmediato a encarcelamiento.

La capacidad observadora de Inés González le permite discernir las marcas trazadas por el asesino en el objeto del delito. El crítico Ronald R. Thomas, en su libro *Detective Fiction and the Rise of Forensic Science*, desarrolla la metáfora del cuerpo donde se registra una escritura criptográfica en la que se cifran las claves del crimen. La evidencia anatómica impresa en el cadáver de la víctima o en los signos corporales del criminal forma un conjunto de símbolos de sentido inextricable a la mirada del observador común⁷. Las herramientas analíticas de Inés González son el vehículo para interpretar tales mensajes codificados. El cadáver de Antonia Lozano es un texto donde las heridas configuran la gramática del crimen. La herida en el cuello, según el dictamen forense, fue hecha por un zurdo. Por medio de razonamientos lógicos, el detective descifra al autor de la escritura homicida: Gabriel Villarreal, el carnicero, quien además cuenta con un pasado delictivo. Presionado por la tortura, delata a sus cómplices. La verdad ha sido esclarecida.

El crimen de la calle de Aramberry no concluye en un desenlace tradicional. Es bien

⁶ Fernández, Pedro Trinidad. *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX)*, pp. 238-239.

⁷ Ronald R., Thomas. *Detective Fiction and the Rise of Forensic Science*, p. 3.

conocida la aseveración de Todorov de que el texto policial cuenta dos historias: la historia del crimen (ocurrida en el pretérito: la descripción de los preparativos del robo y el minucioso relato de los asesinatos); y la historia de la investigación (sucedida en el presente: la huella de sangre, la captura de los perpetradores). *El crimen de la calle de Aramberry* añade un ingrediente innovador: la historia del castigo, la cual contiene el escarmiento de los maleantes mediante una ejecución ilegal. Además, se puede argüir la incorporación de una cuarta historia: la respuesta del pueblo de Monterrey que acude, catárticamente, a contemplar los cadáveres de los ajusticiados.

La novela también parodia el policial clásico. El absurdo de sus tramas geométricas y sus códigos secretos es puesto de relieve cuando la policía desecha la teoría de “un desocupado” (tal vez un lector de Conan Doyle y Agatha Christie): los detenidos son definitivamente culpables porque las primeras letras de sus nombres siguen una progresión alfabética, hipótesis desechada de inmediato por insensata, y que recuerda las teorías lingüísticas del investigador en el cuento de Ricardo Piglia “La loca y el relato del crimen”⁸.

En *El asesinato de Paulina Lee*, una joven de origen asiático es privada de la existencia en noviembre de 1938. La saña con la que es ultimada Paulina Lee —su cadáver masacrado con más de sesenta puñaladas fue descubierto en las inmediaciones de un hospital— arroja interrogantes sobre una su-

puesta conspiración entre los chinos y los grupos de poder. La voz narrativa en tercera persona establece con su mirada una cartografía del Monterrey, que estaba sufriendo una profunda transformación debido al crecimiento económico. Una franja importante del desarrollo era la comunidad china, que tenía grandes intereses con los empresarios nativos. La víctima propicia para obtener una rápida culpabilidad resulta ser el pretendiente de la muerta, un humilde empleado de una tienda propiedad de Emanuel Chong, establecimiento comercial donde asimismo laboraba Paulina Lee. En breves capítulos y empleando, de igual manera que en *El crimen de la calle Aramberry*, la técnica literaria del trastocamiento de planos espaciales y temporales, el narrador proporciona diferentes versiones del homicidio, lo cual apunta a la necesidad de imaginar la verdad histórica que, de manera tenaz, va a permanecer elusiva. ¿Cómo la mató Cesáreo Hernández? ¿Por qué lo hizo? ¿En qué paraje se cometió el sacrificio? Al principio de la narración, la supuesta deshonestidad del sospechoso añade un rasgo desfavorable que acentúa la certeza de su culpabilidad: “...había reparado en el dicho de Margarita sobre las medidas que tomaron los Chong para vigilar al muchacho, por más que le tuvieran aprecio, al saber que continuamente desaparecían artículos del local”⁹. Luego de la aprehensión de Cesáreo Hernández, al doctor Donato Pecanins, encargado de los Servicios Sanitarios Coordinados, se le ordena que examine al sospechoso del asesinato

⁸ Véase el cuento de Piglia incluido en *Nombre falso*. Barcelona: Anagrama, 2015 [2002].

⁹ Valdés, Hugo. *El asesinato de Paulina Lee*, p. 25.

“para ver si una probable condición sifilítica lo llevó a cometer un crimen que resultó peor que el de la calle de Aramberri, acaecido un lustro atrás”¹⁰. Recurriendo a las pruebas Wassermann, empleadas para detectar la sífilis, enfermedad asociada a la insalubridad, se intenta determinar si una condición patológica puede ser la raíz de un comportamiento criminal.¹¹ Al descartarse que el presunto perpetrador actuó impulsado por la enfermedad venérea, o sea, su mente no fue guiada por una fuerza irracional, las investigaciones se empeñan en lograr una confesión rápida para resolver el caso. Cesáreo proporciona versiones contradictorias sobre la forma en que ajustició a su víctima conjetural:

Pese a ello, en vista de su incapacidad de explicar cómo inutilizó a Paulina y cómo le acercó el acero para darle muerte, el juez dudaba de su autoría solitaria y pudo conceder que él y otra u otras personas se confabularon para acabar con la asiática.¹²

Entre los individuos que supuestamente participaron en la confabulación surge el nombre de Emanuel Chong, comerciante que ha adquirido preeminencia en la esfera económica de Monterrey, y cuyas conexiones con las esferas del poder fortalecen el enigma de la identidad de los reales homicidas. El narrador teje hábilmente las distintas versiones de los hechos sangrientos, de tal manera que al lector se le lanza el reto de

confrontarlas, de avanzar en las múltiples rutas de las indagaciones policiacas para llegar a una posible verdad en una narración poliédrica donde se entrecruzan, fragmentariamente, las múltiples voces involucradas en el desciframiento de la verdad, o también, las de aquellos que desean que permanezca por siempre oculta.

Un momento clave sucede en el episodio del encuentro de Erasmo Manríquez, uno de los investigadores asignados al caso, y su jefe, el capitán Rualdo Zárate, con un grupo de hombres poderosos. El lugar de la cita es trazado con las características de una pequeña fortaleza, protegido por bardas de gran altura, y bajo la vigilancia de escoltas de catadura militar. La antítesis es evidente. Adentro, priva la seguridad en la que se mueven los hilos del poder económico y político. Afuera, en los barrios populares, prevalecen la violencia engendrada por la pobreza, la insalubridad y el delito. Uno de los hombres vestidos con elegancia se dirige a los policías en tono imperativo: “Que siga todo por el repartidor, el muchacho que detuvieron; ya habló mucho además.”¹³ Estas palabras le revelan a Erasmo Manríquez que los agentes encargados de preservar el orden son vistos, por las élites, como meras piezas subalternas del ajedrez jugado por fuerzas invisibles que rigen los destinos de los ciudadanos. La manipulación del aparato represor se le vuelve evidente cuando recuerda los rumores de que Rualdo Zárate sería premiado con una curul en la siguiente gubernatura.¹⁴ Un simple homicidio señala, quizá, la existencia

¹⁰ *Ibid.*, p. 29.

¹¹ *Ibid.*

¹² *Ibid.*, p. 40.

¹³ *Ibid.*, p. 100.

¹⁴ *Ibid.*, p. 101.

de un cúmulo de complicidades con profundas implicaciones políticas. El premio por castigar a un inocente, y así proteger a un culpable con lazos poderosos, subraya la corrupción de las fuerzas policiales y, además, que los puestos políticos son otorgados a personajes carentes de moralidad.

Los discursos criminológico y periodístico

El discurso periodístico refleja la manipulación de la opinión pública a través de la nota roja. Llamada así por relatar los sucesos sangrientos utilizando una retórica sensacionalista, llegó a popularizarse desde los tiempos del gobierno porfiriano en periódicos del Distrito Federal como *El Imparcial* y en el que, según refiere Alberto del Castillo, “la primera plana del periódico estaba constantemente ocupada por algún caso ‘terrible’ ocurrido en la Ciudad de México o en el interior del país, generalmente algún homicidio, asalto o suicidio”¹⁵. En *El crimen de la calle de Aramberri* la nota roja encarna en Manuel Plowels, un periodista inescrupuloso despreciado por Inés González, pues cada día trata conseguir información para darle “carroña periodística a sus buenos lectores”¹⁶. De igual manera que Rodolfo Usigli en *Ensayo de un crimen* (1944), Hugo Valdés se apodera de la retórica amarillista para consignar la noticia de los asesinatos de Anto-

nia Lozano y Florinda Montemayor, aparecida en el diario *El Porvenir* con el atractivo título “Horrendo crimen”¹⁷. El alcance de la nota roja trasciende su función de excitar el morbo: también estimula el deseo de venganza.¹⁸ Otra nota sugiere que a los sospechosos se les debe “aplicar un castigo ejemplar y definitivo”, acción que incluso el padre de Gabriel Villarreal estaría apoyando¹⁹. El poder de persuasión de los medios impresos enciende a los habitantes de Monterrey; el “castigo ejemplar y definitivo” no se apega a los códigos de la legalidad: debajo de esas palabras se insinúa el aniquilamiento clandestino de los acusados.

El discurso periodístico también reproduce los prejuicios diseminados en la sociedad. Los cartones de Urquijo, el caricaturista de *El Provenir*, hacen mofa de los miembros de los bajos estratos sociales, quienes son representados como ladrones, criminales urbanos, borrachos irredentos, marihuanos²⁰. Esta visión desfavorable proviene del discurso criminológico articulado en el porfirato. Robert Buffington, en su volumen *Criminal and Citizen in Modern Mexico*, analiza los discursos sobre la criminalidad emergidos desde las élites intelectuales, y que sirvieron al gobierno para legitimar las desigualdades

¹⁷ *Ibid.*, p. 147.

¹⁸ Vicente Francisco Torres en su ensayo “El western, la nota roja y el periodismo como puntales del relato criminal” apunta el influjo de la nota roja en la obra de Bernardo Esquinca, principalmente en la novela *Carne de ataúd* (2016), en la que se recrean los crímenes del asesino serial del siglo XIX denominado “el Chalequero”.

¹⁹ Valdés, Hugo. *El crimen de la calle de Aramberri*, pp. 180-181.

²⁰ *Ibid.*, pp. 242-243.

¹⁵ Del Castillo, Alberto. “Prensa, poder y criminalidad a fines del siglo XIX en la ciudad de México”. En Ricardo Pérez Monfort (coordinador). *Hábitos, prensa y escándalo*, p. 34.

¹⁶ Valdés, Hugo. *El crimen de la calle de Aramberri*, p. 56.

en el esquema de la nación. Por ejemplo, para Miguel S. Macedo, la clase baja estaba sumida en una pobreza eterna y un alcoholismo crónico, por lo que el comportamiento criminal era inevitable, y la reincidencia, la principal causa de la creciente estadística delictiva, un hecho trágico²¹. Julio Guerrero, autor de *La génesis del crimen en México*, condena a los desposeídos: practican la promiscuidad, frecuentan la suciedad de las tabernas, es la clase donde se mueve *el lépero*, y el germen donde se incuban los criminales²². En *El crimen de la calle de Aramberri*, los sospechosos se ajustan al criterio de la criminología porfirista: los posibles asesinos son buscados en la escoria citadina, los desechos de la sociedad.²³ Cuando los detectives González y García siguen el rastro de sangre, basados sólo en un modelo preconcebido, arrestan arbitrariamente a un hombre “de dientes desperdigados” y con antecedentes penales. Dos individuos, productos de la depresión norteamericana, también son aprehendidos por su traza miserable. Pertenecientes al grupo de repatriados, la policía los considera una amenaza, la imagen del Otro, el fuereño proclive a atentar contra la paz social. Ambas hipótesis prueban ser erróneas. Sin embargo, la perspectiva elitista prevalece en las jerarquías policiales. Uno de los culpables, Fernando Montemayor, de oficio campesino, y quien confiesa bajo el rigor de la tortura, es, a los

ojos del Agente del Ministerio Público, un “peladito”²⁴. En su libro *La jaula de la melancolía*, Roger Bartra efectúa una detallada radiografía del *pelado* quien “es el campesino de la ciudad, que ha perdido su inocencia original... Ha perdido sus tierras pero aún no gana la fábrica: entre dos aguas, vive la tragedia del fin del mundo agrario y del inicio de la civilización industrial”²⁵. Fernando Montemayor sobrevive apresado entre el mundo campesino (el pueblo de Zuazua) y el orbe de la ciudad moderna. El espacio urbano es un entorno donde se traslapan la miseria: el negocio de fierros viejos, las mulas, los humildes establecimientos comerciales, y el ámbito de la modernidad: los automóviles lujosos, los establecimientos comerciales luciendo anuncios bilingües, los exclusivos clubes privados. Incapaz de acceder a los productos de la tecnología, Fernando Montemayor se mueve en la marginación causada por la precariedad económica y, fatalmente, termina convirtiéndose en delincuente. Como predicaba el fatalismo de los discursos criminológicos, no hay redención posible.

Manuel Plowels reaparece en *El asesinato de Paulina Lee*. En la sala de redacción el practicante del amarillismo les recrimina a sus subordinados las notas aparecidas en el periódico que retratan, en tono hiperbólico, a un Cesáreo despiadado. Ante las críticas de su jefe, uno de los periodistas afirma que Plowels mismo revisó las notas e incluso añadió adjetivos incendiarios. Las palabras de Plowels sintetizan un sentimiento de culpa y,

²¹ Buffington, Robert. *Criminal and Citizen in Modern Mexico*, p. 54.

²² Guerrero, Julio. *La génesis del crimen en México*, p. 54.

²³ Valdés, Hugo. *El crimen de la calle de Aramberri*, p. 42.

²⁴ *Ibid.*, p. 154.

²⁵ Bartra, Roger. *La jaula de la melancolía*, p. 112.

también, los efectos de la manipulación de los lectores para crear una realidad falsa: "Todos mentimos de alguna forma y ayudamos a crear un monstruo donde no lo había."²⁶ El periodismo se convierte en aliado de la mentira, exagera los instintos violentos de la sociedad, y contribuye a preservar la inmundicia de los urdidores del complot.

La violencia del Estado

En *El crimen de la calle de Aramberry* el poder del Estado mexicano se difunde en todas las capas de la comunidad regiomontana. Desde el momento en que el gobernador presiona para que el crimen sea resuelto con prontitud, el aparato represor se concentra en la búsqueda y captura de los culpables. Cuando los delincuentes ingresan en la cárcel, se pone en movimiento un ritual cuya primera etapa es la nulificación de la subjetividad de los reos:

De vuelta a sus respectivos lugares fueron custodiados por dos elementos de la policía secreta. Sus siluetas se recortaban contra la penumbra ocre de los pasillos; una vaga luz exterior se reflejaba entre ellos para luego formar rectángulos en el piso. De pronto, antes de que llegaran a la puerta que conducía a los separos, los cuatro hombres se fundieron en una silueta, una masa con las extremidades en movimiento.²⁷

Los prisioneros son recludos en confinamiento solitario. La insubordinación es inmedia-

tamente penalizada; cuando Fernando Montemayor se niega a ingerir los alimentos, los agentes policíacos lo golpean con tal precisión que no dejan huellas del correctivo. La escritura invisible de la tortura va minando gradualmente la entereza de los acusados. Cada una de sus actividades es sometida, para decirlo con Foucault, a un poder infinitesimal que decreta una rígida rutina de disciplina y supervisión²⁸:

Sin ver a nadie del exterior, este día de descanso se haría más largo para los reclusos. Algunos, acaso, extrañarían la campana que distribuía diariamente la horas, desde la media designada para el aseo de celdas y del propio personal, que empezaba a las cinco de la mañana, y todas las siguientes: la que llamaba al desayuno media hora después, la que anunciaba la hora para la revista y luego las cinco dedicadas al taller, hasta las doce que comían. Por la tarde eran trasladados a la escuela, donde permanecían dos horas, y de allí a los talleres de nuevo, donde laboraban desde las tres a las siete, la hora de cenar.²⁹

El ojo del poder observa y vigila la transformación de los infractores en sujetos despojados de independencia y libre albedrío desde una arquitectura de la estirpe del Panóptico:

Se acercaron con paso rápido a la parte del edificio conocida popularmente como la Herradura. Tal nombre se debía a su forma curva, gracias a la cual daba cabida a una escalera que ascendía hasta la torre del reloj. Esa torre era el punto

²⁶ Hugo Valdés, *El asesinato de Paulina Lee*, p. 182.

²⁷ Hugo Valdés, *El crimen de la calle de Aramberry*, p. 75.

²⁸ Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*, p. 140.

²⁹ Valdés, Hugo. *El crimen de la calle de Aramberry*, p. 186.

más alto de observación que tenían los centinelas. Fernando alzó la vista para sorprender a uno desplazándose por el corredor oriente.³⁰

La siguiente etapa del ritual es la anunciación de la pena. Gabriel Villarreal llora atemorizado porque, siendo un expolicía, adivina la sentencia que ya ha sido dictada. El pueblo de Monterrey y el Estado coinciden en la radicalidad de la expiación: "Si no los mata uno luego la gente viene y se nos echa encima... Gabriel, de ésta no se salva."³¹ Desde el punto de vista del juez, incluso si llegara a salir en libertad, el destino del carnicero sería, indefectiblemente, fatal, pues sería blanco de la furia popular.³²

La tercera etapa del ritual es la ejecución de los convictos. El escenario elegido es un sitio que presenta un obvio simbolismo: "En lo alto de la loma hay una cruz sencilla y molesta."³³ La detallada descripción del aniquilamiento mezcla el discurso narrativo y el discurso forense; ante el temor a la muerte sentido por Gabriel Villarreal, el narrador dice no sin ironía:

Pero ese miedo dejará de sentirlo toda vez que uno de los hombres con saco y sombrero se acerque rápidamente a él y le dispare en la sien a quemarropa. El proyectil penetra a la cavidad del cráneo y produce una fractura con hundimiento de la escama occipital: esta es, en consecuencia, la muerte de Gabriel.³⁴

³⁰ *Ibid.*, p. 149.

³¹ *Ibid.*, p. 180.

³² *Ibid.*, p. 218.

³³ *Ibid.*, p. 268.

³⁴ *Ibid.*, p. 269.

Una vez ajusticiados los cinco miembros de la banda, la paz y el orden interrumpidos por la intromisión del crimen son finalmente restaurados: "A partir de este momento los habitantes de Monterrey pueden sentirse tranquilos y seguros."³⁵

El ritual concluye en una inversión del modelo anotado por Foucault. Si la ejecución evolucionó desde un acto público presenciado por una multitud fascinada ante el espectáculo del patíbulo hasta convertirse en un evento privado, inaccesible a la muchedumbre,³⁶ en *El crimen de la calle de Aramberry* el ajusticiamiento es efectuado de manera invisible a los ciudadanos, mientras que la exhibición de los cadáveres, cubiertos con cal para evitar su descomposición, tiene por teatro los jardines del Hospital González.

En *El asesinato de Paulina Lee* el flujo narrativo avanza y retrocede para alumbrar zonas oscuras en el decurso de las pesquissas. Erasmo Manríquez no es el único que abraza sospechas acerca de la implicación de miembros de la comunidad china en el asesinato. Ezequiel, el abogado defensor de Cesáreo, también vislumbra que su cliente es el chivo expiatorio de un complot planeado por los chinos, lo cual, al final de la novela (en el largo episodio del viejo de la maqueta) es sugerido como la clave del enigma³⁷. El destino trágico del joven prisionero ya fue dictado desde las eminencias del poder. Las repetidas intimidaciones sufridas en la cárcel para que calle los nombres de quienes le ordenaron liquidar a Paulina Lee prefiguran un

³⁵ *Ibid.*, p. 271.

³⁶ Foucault, Michel. *Op. cit.*, pp. 15-20.

³⁷ Valdés, Hugo. *El asesinato de Paulina Lee*, p. 158.

final cruento. La ejecución de Cesáreo está claramente premeditada. Al trasladarlo a pie del hospital al edificio de la penitenciaría, los dos policías que lo custodian comienzan a intimidarlo con preguntas propias de un interrogatorio. Logra zafarse, y a unos cuantos metros de su fuga es abatido.³⁸ Las simetrías con *El crimen de la calle Aramberry* subrayan que en el México posrevolucionario las ejecuciones extralegales eran práctica común. Los carniceros y sus cómplices fueron ejecutados por crímenes que realmente cometieron, mientras que en *El asesinato de Paulina Lee* se ajusticia a un inocente menor de edad. La impunidad, en ambas novelas, extiende una sombra ominosa en el oscuro paisaje de la justicia mexicana.

Orientalismo mexicano

En su artículo "Mexican Orientalism"³⁹, el crítico Rubén Gallo examina las raíces de la representación del oriente en la cultura mexicana. A partir de las propuestas teóricas establecidas por Edward Said en su clásico estudio *Orientalismo*, Rubén Gallo afirma: los análisis de Said no pueden ser transpuestos a México, un país que nunca ha invadido, colonizado o atacado otras naciones. A diferencia de los escritos de Flaubert o la *Descripción de Egipto* de Napoleón, las representaciones mexicanas de las culturas del Este no pueden ser relacionadas a ninguna empresa colonizadora.⁴⁰

³⁸ *Ibid.*, pp. 223-224.

³⁹ Todas las traducciones son obra del autor de este artículo.

⁴⁰ Gallo, Rubén. "Mexican orientalism", p. 62.

El ensayista anota que hay un punto de las propuestas teóricas de Said muy útil para diseccionar el orientalismo mexicano: "en la mayoría de las representaciones el 'Oriente' es una construcción que tiene más que ver con las fantasías y la cultura del autor que con el sitio geográfico real"⁴¹. Rubén Gallo ubica en el siglo dieciséis la génesis de la tradición orientalista en México, en un incidente que resultó en la muerte del primer santo mexicano:

En 1596 una embarcación española que había partido de Acapulco, y en la cual viajaban varios monjes, naufragó en la costa de Japón, país donde se respiraba una fuerte animadversión hacia el cristianismo. Los viajeros fueron hechos prisioneros, mutilados, expuestos a tormento público, y eventualmente crucificados. Una de las víctimas fue un monje mexicano que se convertiría en San Felipe de Jesús. El episodio se volvió uno de los temas recurrentes de la pintura colonial: innumerables lienzos y grabados difundieron durante siglos la imagen del indefenso fraile atacado por despiadados herejes japoneses.⁴²

Así, la imagen negativa de los habitantes del oriente se remonta a los inicios del virreinato. Gallo, apoyándose en Said, afirma que las pinturas del sacrificio del monje contribuyeron a crear "el retrato del Oriente como un lugar peligroso, la sede de horrendas culturas que representaban un peligro mortal para los cristianos en general y los mexicanos

⁴¹ *Ibid.*, p. 63.

⁴² *Ibid.*, p. 64.

en particular"⁴³. La difusión de las representaciones pictóricas del martirio de San Felipe logró que el odio se mantuviera intacto hasta la llegada de los inmigrantes chinos a finales del siglo diecinueve.⁴⁴

La política antiinmigrante decretada por el gobierno de Estados Unidos mediante el Acta de Exclusión de 1882, la cual prohibía la inmigración china, ocasionó la llegada masiva de ese grupo étnico a los estados del norte de México. Gerardo Rénique refiere la atmósfera hostil desatada en Sonora en contra los chinos, a quienes se consideraba una amenaza no sólo en el rubro económico al quitarle el empleo a los trabajadores nacionales, sino también al considerárseles como portadores de enfermedades contagiosas, consumidores de opio y alcohol.⁴⁵ Las relaciones sexuales con varones chinos eran condenadas porque producían hijos de una raza degenerada.⁴⁶

Los barrios chinos florecieron en ciudades del norte. Uno de ellos estaba localizado en Torreón. Allí, el 15 de mayo de 1911, las tropas revolucionarias de Francisco I Madero tomaron la ciudad; los negocios chinos fue-

ron atacados por la muchedumbre. El resultado fue una masacre cuyo saldo fue de trescientos chinos asesinados.⁴⁷ El racismo anti chino se fortaleció durante la presidencia de Plutarco Elías Calles (1924-1928), quien estaba de acuerdo en limitar el aumento de la población china.⁴⁸ Deportaciones masivas de chinos fueron llevadas a cabo en la década de los veinte.⁴⁹ Esta actitud hostil gradualmente se tamiza con el curso del tiempo, sin que llegue a desaparecer cierta desconfianza afincada en imágenes estereotipadas.

La ficción policial mexicana se ha nutrido de tales miedos y recelos para transformarlos en material literario. La obra fundacional de la novela negra en México, *El complot mongol* (1969), de Rafael Bernal, tiene por escenario el barrio chino de la ciudad de México. Las novelas *Ojos de lagarto* (2009) de Bef, *Hotel chinesca* (2018) de José Salvador Ruiz y el cuento "Sombras chinas" (2001) de Gabriel Trujillo Muñoz, se desarrollan en Mexicali, sitio de refugio y asentamiento de inmigrantes chinos, mientras que *Asesinato en la lavandería china* (1996), de Juan José Rodríguez, mezcla el género policial y el relato de horror en un puerto de Mazatlán dibujado con trazos góticos. *El crimen de la calle de Aramberry* menciona brevemente la presencia de los chinos en el bullente tráfico comercial de Monterrey. *El asesinato de Paulina Lee* resalta, desde el título, el rol

⁴³ *Ibid.*

⁴⁴ Este rechazo indica la visión reduccionista prevalente en México de catalogar a todos los asiáticos como chinos, sin notar los matices que marcan la identidad de japoneses, coreanos, vietnamitas, etc. Similar actitud ocurre en la población de Estados Unidos, para la cual todas las personas que hablan español son de origen mexicano.

⁴⁵ Rénique, Gerardo. "Race, Region, and Nation: Sonora's Anti-Chinese Racism and Mexico's Postrevolutionary Nationalism, 1920-1930s". En Appelbaum, Nancy, Anne Macpherson and Karin Alejandra Roseblatt (eds.). *Race and Nation in Modern Latin America*, p. 220.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 224.

⁴⁷ Puig, Juan. *Entre el río Perla y el Nazas. La China decimonónica y sus braceros emigrantes, la colonia china de Torreón y la matanza de 1911*, pp. 181-242.

⁴⁸ Rénique, Gerardo. *Op. cit.*, p. 226.

⁴⁹ Gallo, Rubén. *Op. cit.*, p. 65.

axial de los chinos en una trama policial donde subyace una supuesta conjura invisible.

En varios tramos de *El asesinato de Paulina Lee* se atisba la confección de una tela-ña urdida para conseguir sus sórdidos objetivos. Cuando el doctor Donato Pecanins se reúne con miembros de la comunidad china, se le pide que mienta acerca de la edad de Cesáreo, y así pueda concedérsele una condena más severa al juzgársele como adulto. Un oriental articula unas palabras que indican la existencia de un complot: “—Recuerde que podemos hacer muchas cosas por usted, a favor o en contra. Aquí somos legión.”⁵⁰ En otro capítulo, el abogado Ezequiel se confunde con la multiplicidad de individuos chinos con nombres similares.⁵¹ La dificultad, o más bien, la imposibilidad de fijar una identidad estable a cada miembro de un innumerable grupo étnico se hace palpable durante las investigaciones de los supuestos nexos de los chinos con las logias masónicas y las mafias, acusación enraizada en un retrato estereotipado.⁵² Otro ejemplo de cliché racial sucede al dibujar los supuestos atributos de Emanuel Chong: “Ejemplo de la energía y cierto despotismo que se le achaca a los chinos...”⁵³ El rasgo negativo se acentúa al atribuírsele un hecho ominoso en su pasado: “Emanuel Chong es sospechoso de haber liquidado a dos rivales chinos comerciales.”⁵⁴ Pieza central en el enigma, en el último capítulo se revela su complicidad

en el asesinato de Paulina Lee, a quien había seducido y convertido en su amante. Sin embargo, la ley no habrá de castigarlo. El enfrentamiento entre el abogado Ezequiel con el agente del Ministerio Público, Juan José Calleja, percibido como un funcionario comprado por los grandes intereses capitalistas, decreta que el delito permanecerá impune: “...la ciudad no puede detenerse porque matan a alguien. Hay intereses muy grandes en juego que no se pueden soslayar en este asunto.”⁵⁵ Los innumerables tentáculos de los intereses económicos y políticos se diseminan a través del entorno urbano, una ciudad que se resiste a ser leída, y que oculta en sus entrañas las huellas del crimen.

La ciudad y las huellas del crimen

En *El crimen de la calle de Aramberri* y *El asesinato de Paulina Lee*, el espacio urbano desempeña un rol protagónico. En la época en que se desarrollan ambas novelas, la década de los treinta del siglo anterior, el proceso de modernización que inició durante la gubernatura del general Bernardo Reyes había generado grandes modificaciones en la configuración urbana de Monterrey. En la periferia, lejos del viejo centro —un enclave donde se aposentaban las típicas edificaciones: oficinas gubernamentales, iglesias, comercios y cantinas— se afincaban las fábricas y las estaciones de trenes, símbolos de la modernidad, las casas de los obreros y

⁵⁰ Valdés, Hugo. *El asesinato de Paulina Lee*, p. 91.

⁵¹ *Ibid.*, p. 188.

⁵² Rénique, Gerardo. *Op. cit.*, pp. 226-230.

⁵³ Valdés, Hugo. *El asesinato de Paulina Lee*, p. 111.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 112.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 243-244.

las zonas de prostitución⁵⁶. El modelo ideal de la ciudad impulsada por el progreso es negado por el caos urbano que denuncia una nula planificación; la fealdad se materializa en “la proliferación de charcas y baldíos convertidos en muladares por la basura que tiran ahí los comerciantes ambulantes; en el sinfín de tejabanos, de barracas de fierros viejos mal acondicionadas...”⁵⁷ En el sitio donde fue encontrado el cadáver de Paulina Lee se observa la yuxtaposición de espacios asimétricos: los edificios que encarnan la modernidad, el hospital González, las escuelas de Enfermería y de Medicina, coexisten con muladares y focos de infección.⁵⁸ La colonia Hidalgo, residencia de los más menesterosos, se convierte en un nido de la delincuencia y la degradación humana: “individuos sin escrúpulos vendían allí la carne de animales muertos por enfermedad y a veces hasta los perros que envenenaba el viejito Lobo”⁵⁹. Las hordas de indigentes que recorren las calles de Monterrey son los rechazados por el progreso. La falta de trabajo en el país obligaba a los desempleados a buscarlo en Monterrey, pero al no encontrarlo, eran rubricados como indeseables y confinados en asilos para ocultar el lado oscuro de la modernidad.⁶⁰

La tensión entre la tradición y la modernidad también se patentiza en las invenciones tecnológicas. La radioelectrola, una combinación de radio y fonógrafo, amenaza con desaparecer “a los conjuntos filarmónicos y otros grupos musicales”⁶¹. El automóvil, quizá el más influyente vehículo de transporte creado en el siglo veinte, es uno de los motivos recurrentes en la ficción de Hugo Valdés: “En sus novelas, especialmente *The Monterrey News*, la ciudad es vista a través del auto, que casi siempre es conducido velozmente.”⁶² El ensayista aporta numerosos ejemplos en el que los personajes de la novela experimentan la vida cotidiana y observan la realidad afuera de los contornos de su microcosmos rodante. En *El asesinato de Paulina Lee*, el viaje de Erasmo en automóvil traza una sórdida cartografía de la ciudad, las calles son espacios transitados por una masa anónima, a todas luces desposeída. Erasmo reconstruye el paisaje urbano del pasado mediante el ejercicio de la memoria: “Con tantas fincas que se construían ahora al pie del Obispado, tomando poco a poco el lugar de las labores agrícolas, Monterrey y San Gerónimo estaban prácticamente unidos.”⁶³ La expansión urbana, caótica, devora al México rural. En ese caos germina el crimen.

Desde el título, *El crimen de la calle de Aramberri* se remarca metonímicamente a la ciudad donde transcurre la intriga: la calle

⁵⁶ Barrera, Víctor. “En torno a *El crimen de la calle de Aramberri* de Hugo Valdés”, en Arredondo Treviño, Luis Carlos, Víctor Barrera Enderle y María Isabel Terán Elizondo (coordinadores), *Diez ensayos de narrativa neolonesa*, p. 18.

⁵⁷ Valdés, Hugo. *El asesinato de Paulina Lee*, p. 58.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 18.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 122.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 49.

⁶¹ *Ibid.*, p. 26.

⁶² Prieto, José Manuel. “Entre ficción y realidad, o la realidad de la ficción: Monterrey a través de la mirada de narradores y poetas”. En Prieto González, José Manuel (coordinador). *Poéticas urbanas. Representaciones de la ciudad en la literatura*, p. 388.

⁶³ Valdés, Hugo. *El asesinato de Paulina Lee*, p. 114.

es el lugar de tránsito de los habitantes, de los ciudadanos respetuosos de las leyes y su contraparte, los practicantes del delito. Elizabeth Moreno afirma que en *El crimen de la calle de Aramberri*, Monterrey es alcanzado por el destino inevitable de las ciudades modernas: "...el de la violencia –aun en manos de la justicia–, la inseguridad y el temor"⁶⁴. El doble asesinato de las mujeres produce un desequilibrio en una ciudad ajena a la violencia extrema. El orden y la tranquilidad han sido rotos. El miedo ha quebrantado la confianza recíproca entre los ciudadanos: "Ahora nadie, Inés, nadie en Monterrey estaba seguro de que los criminales no vivieran en la casa de junto."⁶⁵ Las sospechas recaen en un agente externo: "Cualquier individuo de otro lugar podría confundirse fácilmente en las calles y hacerse de un botín y marcharse después tranquilamente como llegó."⁶⁶ Las dimensiones de Monterrey aún no se equiparaban a las grandes urbes de la modernidad, como París o Londres en el siglo diecinueve, ciudades enormes en las que, como apunta Walter Benjamin, un criminal podía permanecer en el anonimato entre la muchedumbre, pues no existía un aparato represor que permitiera el rastreo eficiente de los malhechores.⁶⁷ El enjambre urbano diluía y borraba la identidad del infractor. En Monterrey, los asesinos de las dos mujeres son rápidamente identificados dado que las huellas del crimen no se pierden en

una muchedumbre todavía inexistente. *El crimen de la calle de Aramberri* testimonia la nostalgia del narrador por una ciudad que podía ser descifrada, y que ya en sus entrañas se incubaba el germen de un crecimiento urbano caótico y, asimismo, de una criminalidad incontrolable.

El último capítulo de *El asesinato de Paulina Lee* transporta la acción al futuro. Un hombre construye en 2016 una maqueta de cartón en la que intenta reproducir una imagen miniaturizada del Monterrey de 1938, el mismo año de su nacimiento. Su obsesión por la joven asiática y su muerte germinó desde su adolescencia.⁶⁸ El hombre, cuya identidad permanece anónima, realiza su labor reconstructora en el sótano de su casa. Los ecos con el célebre cuento "El Aleph" de Jorge Luis Borges son evidentes. De manera similar a la diminuta esfera localizada en un sótano de Buenos Aires que contiene la totalidad del universo⁶⁹, la maqueta de cartón se propone capturar no todo el universo, sino una milésima fracción consumida por el paso del tiempo. Una influencia más cercana se encuentra en el "Prólogo" de *El último lector*, de Ricardo Piglia. Por varios años un fotógrafo ha trabajado en la edificación de una réplica diminuta de la ciudad de Buenos Aires. No se especifica el material empleado, sólo se afirma su carácter abarcador: "No es un mapa, ni una maqueta, es una máquina sinóptica; toda la ciudad está ahí, concentrada en sí misma, reducida a su esencia."⁷⁰

⁶⁴ Moreno, Elizabeth. "La construcción de la ciudad en la novela norteña". *Revista de Humanidades*, p. 28.

⁶⁵ Valdés, Hugo. *El crimen de la calle de Aramberri*, p. 41.

⁶⁶ *Ibid.*

⁶⁷ Benjamin, Walter. *El París de Baudelaire*, p. 108.

⁶⁸ Valdés, Hugo. *El asesinato de Paulina Lee*, p. 254.

⁶⁹ Borges, Jorge Luis. "El Aleph". En *Prosa completa (1930-1975)*, volumen 2, pp. 349-362.

⁷⁰ Piglia, Ricardo. *El último lector*, p. 11.

La labor del fotógrafo es interminable. Ciertos días tiene que modificar su réplica para registrar los cambios ocasionados por el río. La dicotomía realidad / imaginación persiste, pero su manera de percibirla muestra un trastrocamiento radical: "Ha alterado las relaciones de representación, de modo que la ciudad real es la que esconde en su casa y la otra es sólo un espejismo o un recuerdo."⁷¹ La realidad ficticia ha usurpado, en su orbe mental, el espacio de la realidad concreta. El fotógrafo trabaja en la reelaboración constante del presente. En cambio, el hombre de la maqueta en *El asesinato de Paulina Lee* se vuelca en una tarea enfocada en el pasado. Sus empeños por restaurar una ciudad que ha sufrido continuas metamorfosis deben aliarse con el ejercicio de la memoria. En su niñez aún sobrevivían edificios y lugares donde transitaron los personajes involucrados en la vida y muerte de Paulina Lee.

De repente, la narración salta, desde las remembranzas urbanas suscitadas por la contemplación de la maqueta, al pasado en el que se reconstruye el destino fatal de Paulina Lee. El viejo artífice de la maqueta realiza un recorrido por el laberinto minúsculo que él mismo ha construido mediante la libertad de la imaginación. Ve, claramente, a los perpetradores del asesinato, la víctima y sus verdugos. Se revela que Paulina y Emanuel Chong eran amantes y que ella fue asesinada por el propio Emanuel Chong y un cómplice debido a su embarazo y a sus exigencias de convivir maritalmente. El enigma ha sido resuelto en el ámbito de la literatura.

⁷¹ *Ibid.*, p. 12.

Conclusiones

En *El crimen de la calle de Aramberri* y *El asesinato de Paulina Lee* Hugo Valdés, a través de una mirada nostálgica, ha culminado sus afanes de revivir un periodo en el que la apacible convivencia de sus habitantes de Monterrey, que ya mostraba indicios de fisuras, fue interrumpida y liquidada, presagio de la violencia que ha imperado en la última década debido a la guerra contra el crimen organizado decretada por el gobierno de Felipe Calderón. Además, ambas obras literarias reviven los asesinatos de tres mujeres en una época en que no se clasificaban como feminicidios, y ponen de relieve la vulnerabilidad a la que estaban expuestas las mujeres en una estructura social fundamentada en la violencia ejercida por los hombres, una situación que aún pervive con consecuencias funestas.

Fuentes

- Arredondo Treviño, Luis Carlos, Víctor Barrera Enderle y María Isabel Terán Elizondo (coordinadores). *Diez ensayos de narrativa neolonesa*. México: Universidad Autónoma de Zacatecas y Universidad Autónoma de Nuevo León, 2012.
- Barrera Enderle, Víctor. "En torno a *El crimen de la calle de Aramberri* de Hugo Valdés".
- Bartra, Roger. *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*. México: Grijalbo, 2002 [1987].
- Benjamin, Walter. *El París de Baudelaire*. Trad. Mariana Dimópulos. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2012.

- Bernal, Rafael. *El complot mongol*. México: Joaquín Mortiz, 1997 [1969].
- Borges, Jorge Luis. "El Aleph". *Prosa completa (1930-1975)*. Volumen 2. Barcelona: Bruguera (colección Libro amigo), 1985.
- Buffington, Robert. *Criminal and Citizen in Modern Mexico*. London: University of Nebraska Press, 2000.
- Castillo, Alberto del. "Prensa, poder y criminalidad a fines del siglo XIX en la ciudad de México". En Pérez Monfort, Ricardo (coordinador). *Hábitos, prensa y escándalo*. México: Plaza y Valdés, 1997.
- Cawelti, John G. *Adventure, Mystery and Romance*. Chicago: University of Chicago Press, 1976.
- De Rosso, Ezequiel (compilador). *Retóricas del crimen: reflexiones latinoamericanas sobre el género policial*. Alcalá La Real, España: Alcalá Grupo Editorial, 2011, pp. 241-70.
- Fernández, Bernardo. *Ojos de lagarto*. México: Planeta, 2009.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. Trad. Aurelio Garzón del Camino. México: Siglo XXI Editores, 2005 [1976].
- Gallo, Rubén. "Mexican Orientalism." *Literature and Arts of the Americas*. Vol. 39, núm. 1, 2006, pp. 60-73.
- Ibargüengoitia, Jorge. *Las muertas*. México: Joaquín Mortiz, 1977.
- Leñero, Vicente. *Asesinato*. México: Plaza y Janés, 1985.
- Monterrey a través de la mirada de narradores y poetas". En Prieto González, José Manuel (coordinador). *Poéticas urbanas. Representaciones de la ciudad en la literatura*. México: Universidad Autónoma de Nuevo León, 2012.
- Moreno Rojas, Elizabeth. "La construcción de la ciudad en la novela norteña." *Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey*. Núm. 17, 2004, pp. 13-31.
- . "La perspectiva narrativa en la construcción de la trama, el tiempo y el espacio en *El crimen de la calle de Aramberry* de Hugo Valdés". En Ramírez Pimienta, Juan Carlos y Salvador C. Fernández (compiladores). *El norte y su frontera en la narrativa policiaca*. México: Plaza y Valdés, 2005, pp.113-131.
- Padura, Leonardo. "Modernidad y posmodernidad: la novela policiaca en Iberoamérica".
- Piglia, Ricardo. *Nombre falso*. Barcelona: Anagrama, 2015 [2002].
- . "Prólogo". *El último lector*. Barcelona: Anagrama, 2005.
- Prieto González, José Manuel. "Entre ficción y realidad, o la realidad de la ficción: relato criminal". En Joseph M. Towle (compilador). *Sunny Places for Shady People*. México: Editorial Artificios / University of Colorado, Colorado Springs / Universidad Autónoma de Baja California, pp. 117-44.
- Puig, Juan. *Entre el río Perla y el Nazas. La China decimonónica y sus braceros emigrantes, la colonia china de Torreón y la matanza de 1911*. México: Secretaría de Cultura de Coahuila, 2012 [1992].
- Rénique, Gerardo. "Race, Region, and Nation: Sonora's Anti-Chinese Racism and Mexico's Postrevolutionary Nationalism, 1920-1930s". En Appelbaum, Nancy, Anne Macpherson and Karin Alejandra Roseblatt (eds.). *Race and Nation in Modern Latin America*". Chapel Hill and London, 2003, pp. 211-236.
- Rodríguez, Juan José. *Asesinato en una lavandería china*. México: Fondo Editorial Tierra Adentro, 1996.

- Ruiz, José Salvador. *Hotel chinesca*. México: Editorial de Otro Tipo, 2018.
- Thomas, Ronald R. *Detective Fiction and the Rise of Forensic Science*. Cambridge: Cambridge University Press, 2000.
- Torres, Vicente Francisco. "El western, la nota roja y el periodismo como puntales del relato criminal". En Towle, Joseph M. (compilador). *Sunny Places for Shady People*. México: Editorial Artificios / University of Colorado, Colorado Springs / Universidad Autónoma de Baja California, 2018, pp. 117-144.
- Trinidad Fernández, Pedro. *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX)*. Madrid: Alianza Editorial, 1991.
- Trujillo Muñoz, Gabriel. "Sombras chinas". En *Trebejos*. Mexicali: Instituto de Cultura de Baja California, 2001.
- Usigli, Rodolfo. *Ensayo de un crimen*. México: Editorial V Siglos, 1980 [1944].
- Valdés, Hugo. *El asesinato de Paulina Lee*. México: Tusquets, 2016.
- Valdés, Hugo. *El crimen de la calle de Aramberry*. México: Ediciones Castillo, 1994.